

Félix Pita Rodríguez

Podríamos repetir todo lo dicho a propósito de Nazim Hikmet, y poner en lugar de este nombre que parece estallar como una cereza madura, el nombre claro y de pueblo nuestro, de Miguel Hernández. Ni una sola palabra de las dichas para ensalzar y definir al gran poeta turco, habría que cambiar para hablar de Miguel. Viniendo de inquietudes metafísicas, encuentra su cauce justo, su medida cabal cuando la guerra le enfrentó a sí mismo, le apareó con la verdad honda de su corazón, en aquellos años de centelleante esplendor en que el corazón del mundo se puso a latir sobrecogido y esperanzado bajo la piel del toro peninsular. Es entonces cuando escribe, en las palabras finales de su dedicatoria del libro *Viento del pueblo* a Vicente Aleixandre, esta profesión de fe que le salía, letra por letra, de lo más real y verdadero de sí mismo: «Los poetas somos el viento del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a ti, a mí, a varios, hacia el pueblo. El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo».

¡Hermosa manera de decir su compromiso como poeta! Viento del pueblo era, viento del pueblo tenía que ser quien fuera en su niñez y adolescencia, humilde pastor de ovejas en un pueblo de su Extremadura natal [sic]. En otra ocasión escribió, recordando el día en que le conocí en la casa de otro gran poeta, Pablo Neruda, en Madrid, estas palabras que intentaban dar una imagen de Miguel: «Y allí, entre aquellos rostros alegres, veo el de Miguel Hernández, 'un pastor de ovejas de Extremadura que escribe versos admirables', según me dijo alguien cuando llegué a la casa de Pablo dos horas antes. Es un rostro abierto como un campo de trigo, uno de esos rostros en los que parece verse el horizonte profundo del espíritu. Hay una soledad de pastor en su mirada honda, y una línea en el dibujo de la boca trazada a medida por la ironía y una vaga nostalgia indescifrable. Le escuché decir versos, hablamos, ya nunca podré recordar de qué, y nos separamos amigos ya tarde en la noche. Yo no podía imaginar entonces que las imágenes fugaces de aquellas horas, se harían imborrables en mí. Entre brumas y nieblas quedó sin embargo, como una raíz metálica y profunda, la alegría de haber encontrado a un hombre, como de piedra y fuego, entrelazado con su tierra y su pueblo, uno con ellos, como los viejos poetas que labraron las canciones de gesta».

Era así cuando le vi por vez primera, pero algo había cambiado en él, al encontrarle en Valencia, cuando íbamos a Madrid para el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. Sobre este segundo encuentro escribió: «Encuentro a Miguel en Valencia. Viene del frente, donde se combate cruentamente y volverá a él enseguida. El uniforme de soldado del pueblo de España le ciñe, le levanta la estatura. Y no está la soledad del pastor en su mirada, sino un fulgor que es como el reflejo de la gran llamada

colectiva. El dibujo de ironía y de nostalgia que le viera en la línea de la boca la primera vez, ya no lo encuentro. Todo su rostro es ahora un solo gran dibujo de confianza, de firmeza, de voluntad de victoria. Es ése el gran fuego que le ilumina por dentro y que le ha convertido en el gran poeta de la guerra, en el alto cantor de *Viento del pueblo*. Todo lo que le escucho es palabra alegre de fe en la victoria, relato de sacrificios y heroísmos, anuncio del mañana feliz que acarreará tanta sangre vertida. He descubierto que un poeta posee una vasta y fuerte capacidad de servicio y que nada es capaz de levantarla tan alto, como poner esa capacidad en la primera línea de las filas del pueblo. Lo veo alejarse, vital y tumultuoso, y vuelvo a pensar en los viejos poetas que labraron las canciones de gesta».

Repite ahora lo que escribí en aquella ocasión sobre él: He descubierto que un poeta posee una vasta y fuerte capacidad de servicio y que nada es capaz de levantarla tan alto, como poner esa capacidad en la primera línea de las filas del pueblo. Aún repetiré estas palabras muchas veces, porque también ellas están hechas con esa materia prima inalterable e invulnerable con la que se hacen los principios, a los que nunca puede renunciarse sin traicionar. Esto es tal vez lo más importante que aprendí con el ejemplo altísimo de Miguel Hernández: a medir la capacidad de servicio de que es dueño cada poeta que de veras lo es. Y a medir hasta qué punto puede ser fuerza valiosa esa capacidad de servicio, puesta en la primera línea de las filas del pueblo. De ahí, de ese conocimiento que me dio en medida suprema Miguel Hernández, me viene sin duda la reiterada insistencia con que reclamo de los poetas su presencia, en la primera línea de las filas del pueblo. De los poetas y de los escritores todos, porque todos poseen en escala mayor o menor, con fuerza más grande o más pequeña pero siempre poderosa, escarcha huracanada que les transmitió el viento del pueblo, esa racha potente que se convirtió en versos admirables dentro del pecho de Miguel Hernández, para regresar al pueblo que les dio nacimiento.

Acércate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,
que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles.
Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme

ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanta a pobres,
cuanto a tierra se refiere.

Esa misma racha huracanada que sopla en los primeros versos de *Viento del pueblo*,
y que son como la firma, la profesión de fe, el retrato claro y puro del corazón del
poeta:

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Es así como viven y como entregan sus vidas los poetas que se comprometen profundamente con el pueblo, es así como «esparcen su corazón» a voleo, como se esparce la semilla para que los frutos se multipliquen y la cosecha pueda recogerse más pronto y convertirse en pan para todos. Es así como esparcieron su corazón a voleo Nazim Hikmet y Miguel Hernández, muertos los dos en el fragor de la lucha, escribiendo el último verso combatiente con el último aliento de sus pechos. Así César Vallejo y así Pablo Neruda y así Raúl González Tuñón y así Paul Éluard y así tantos otros grandes poetas del mundo, que supieron comprender la importancia de esa función de servicio que residía en ellos, que supieron comprender que sólo cuando el artista realmente creador logra ser cronista leal de su época, puede su obra tener la carga emocional indispensable para traspasar la barrera del tiempo; que supieron comprender la lección entrañada en el hecho de que siempre, en todos los momentos de la historia en que el arte alcanzó real grandeza o madurez de plenitud, logró tal meta por encerrar, en síntesis de belleza, la realidad profunda de una comunidad humana. No creo necesario decir aquí, ahora, en qué medida esa entrega, ese compromiso, ese cantar en función de servicio a la comunidad humana en que nacieron y viven, es importante en los poetas de nuestra patria, en la circunstancia presente. Todo nuestro pueblo está empeñado en un combate colosal y la victoria en ese combate significa nada menos que la grandeza de la patria. O somos viento del pueblo y con él en las primeras filas contribuimos a que esa victoria se produzca más total y más prontamente, o ese viento nos arrastrará, como hojas muertas, inútiles, sin sentido y sin valor, hacia la muerte, hacia el olvido, hacia el más triste de los destinos: el de

haber pasado por la vida sin dejar la huella de nuestras manos en la obra hermosa de la patria nueva que nuestro pueblo construye, comprometido entrañablemente con todos los pueblos de la tierra, comprometido con el porvenir.

* * *

Esos últimos años, ese manjo de meses que son los postreros en la vida del poeta, están por entero con devoción y fervor grandes, entregados a la lucha por España, por su pueblo, contra el nazifascismo que intentaba arrojarla. El silencio poético de Vallejo, que ha durado mucho tiempo, se rompe y su poesía surge como nunca militante, más poderosa y profunda que nunca, más entrañablemente unida al hombre, por cerrarse como una coraza protectora sobre el pueblo español, que en ese momento está simbolizando la desesperada defensa de todos los hombres y del futuro común. *España, aparta de mí este cáliz*, el tomo en que recoge sus poemas sobre esa lucha, publicados inicialmente en el campo de batalla por los soldados del pueblo, tiene la fuerza y la grandeza de los grandes momentos de la épica, conservando purísimo el acento vallejano, ese sello inconfundible que hizo de él uno de los más grandes maestros de la lírica hispanoamericana.

Allí topa de nuevo con él el recordar. Barcelona, Valencia, Madrid, en 1937. Es el Congreso de Escritores Antifascistas, que acuden desde todo el mundo para decir en Madrid, Capital de la gloria en aquel momento, como la llamara Rafael Alberti, que lo mejor y más puro del pensamiento universal se pone al lado del pueblo de España. Y allí, naturalmente, está César Vallejo. En su corazón está germinando ya *España, aparta de mí este cáliz*, su testimonio poderoso, la contribución americana más alta en el homenaje lírico a España.

Entre ese momento y el de su muerte, el 15 de abril de 1938, Vallejo realiza la parte más considerable de su obra cimera: los *Poemas humanos*, escritos como si la muerte cercana le acuciara, a un ritmo de vértigo. Cuando consultamos las fechas que los calzan, comprendemos que el poeta sabía, con saber oscuro e impenetrable, que el tiempo estaba limitado para él, que debía actuar con prisa tremenda si quería dar fin a la tarea de aislamiento recio, en soledad necesaria. Cuando los *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*, están terminados, ya la muerte vela a su lado.

Cuando le alcanzo de nuevo en el recuerdo, está tendido dentro de su ataúd, oliváceo su color cetrino en la transfiguración de esa muerte a la que cantó con insistencia cotidiana desde los lejanos poemas de su juventud. Es la Casa de la Cultura, en París. Lo mejor y más limpio de la intelectualidad francesa vela a su lado, acompañados por los hispanoamericanos en aquel momento en París. Vuelvo a ver el rostro fino de Luis Aragón diciendo junto a la tumba abierta las palabras de adiós al poeta, vuelvo a sentir la pena de entonces, al saber callada para siempre la gran lírica americana.

Cuarenta y dos años nos separan de aquel 15 de abril. La figura del poeta se nos va desintegrando en el recordar. Olvidamos el color exacto de los ojos, los menudos detalles que dan a un ser humano la precisión física, su apariencia total. Pero la obra del poeta no sufre la misma suerte, no va siendo disminuida por el correr del tiempo. Más recia, más fuerte, más honda que el tiempo, crece y se agiganta.

* * *

ESPAÑA EN EL CORAZÓN

Volver los ojos hacia atrás en busca del tiempo ido, es siempre cambiar, hacia un manantial de melancolías. Porque aunque no sentenciamos con Jorge Manrique: «¡Cualquier tiempo pasado fue mejor!», es ley inexorable que terminemos preguntándonos con François Villon: «¿Pero dónde están las nieves de antaño?». Y la pregunta se nos vuelve entre los dedos agua de aquel manantial.

Pero es que sin nadar esas aguas, no hay paso que alcanzar la brumosa provincia de los recuerdos, cuando esos recuerdos entraron en ella por la puerta ancha del corazón.

España, por ejemplo, la lejana, la mía, ¿cómo ir en su busca sin que el melancólico verso de Villon vaya de escolta?

España en el corazón. ¿Y dónde sino allí? Porque la del corazón era su temperatura, ésa que todo lo rige y decide en los hombres que de veras lo son. ¿No me lo dijo acaso, y para siempre, aquel labrador de Minglanilla un día del año 1937? Un montoncito minúsculo de palabras le bastó para decir lo que cien libros no hubieran podido: «Para hacer a España, no usaron más que corazón y redaños». Como escrito por Goya al pie de un aguafuerte.

Corazón y redaños. Sí, eso era lo que yo había pensado, aunque no hubiera sabido decirlo tan bien como el campesino de Minglanilla, cuando a poco de pisar por primera vez tierra de España, me topara con la hazaña de los mineros asturianos. También ellos en el asalto al cielo, pero cantando mientras encendían los paquetes de dinamita en la lumbre del cigarrillo, y cerraban el paso, con explosiones que hacían temblar a las montañas, a soldados y guardias civiles. ¿No era de aquella arcilla de la que se habían hecho las canciones de gesta?

Era así, siempre, como entraba de golpe, con amorosa violencia, España en el corazón. Y era así como se empezaba a comprender.

No encuentro en la provincia de los recuerdos el nombre de aquel amigo que me dijo en París, al regresar de su primer viaje a España: «Cuando tú vayas, me dirás si

no es verdad, si tú no lo sientes como yo lo sentí. En cuanto pisas la tierra de España y hablas con el primer español, sientes, fíjate bien, sientes, y no sabes por qué, que aquella tierra y aquellos hombres están vivos...».

¡Aquellos hombres y aquella tierra que se sentía que estaban vivos! Todos los pueblos del mundo iban a sentirlo poco tiempo después, cuando a puro corazón y redaños, el de España, por estar vivo, supone que quien amenazaba desde Berlín y Roma era la muerte, y en el nombre de todos se levantó vitoreando a la vida. Así fue como Madrid se convirtió en «Capital de la gloria» y así como el corazón único de los pueblos se puso a latir bajo la piel del toro peninsular.

Lo que España enseñó entonces, muchos lo recordamos siempre. Con sangre había entrado la letra de su lección. Treinta años después, en el Hanoi bombardeado por los aviones fascistas norteamericanos, recordaríamos a la España que se había desangrado, «peleando sola y mal armada, para evitarle a Europa los campos de concentración, los hornos crematorios, el despojo, la barbarie y el crimen...».

Para muchos fue aquella España, la lejana, la mía, el resplandor en las tinieblas, la vara de medir, el modo de pulsar en lo profundo la sangre de la verdad. Por primera vez escuchamos de cerca, a viva voz, la lección ejemplar: a puro corazón y redaños es como se defiende de veras a la vida, como se defiende a la condición humana, como se salva al hombre.

España en el corazón. ¿Y dónde sino allí?

De sueños y memorias. Ensayos. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985, pp. 70-75, 92-93 y 271-273, respectivamente.

Debo el conocimiento de estos textos al profesor Niall Binns.

En *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937). Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*, pág. 723-728.